

María Zambrano y el temblor del aula

La educación permanente de adultos como espejo de lo humano

JOSELA MATORANA

Pronuncié estas palabras el 23 de mayo de 2022, dentro de las actividades programadas por el CEPER María Zambrano de San Fernando (Cádiz) para la celebración de su XXI Semana Cultural. He trabajado en este Centro como profesora durante más de treinta años y, en medio de una pandemia, cuando una terrible confusión y la más densa oscuridad envolvían el mundo y nuestras vidas, me tocó decir adiós. Si es que el adiós de lo que has amado tanto, puede dejar de ser, igual que una despedida que nunca acaba. Porque es muy difícil alejarse del tiempo y del lugar donde tanto hemos recibido.

No sería la que soy, si no hubiese tenido la fortuna de ejercer mi tarea educativa en un ámbito que no sólo impulsa los pensamientos, sino que obra cada día con el corazón de todas las emociones que derivan de cada vida que has conocido, de cada proyecto existencial que fue truncado, negado, o enterrado por las circunstancias históricas. Y es una pasión y una entrega incesante comprobar de qué modo aquí se confirma que la educación es el camino, que siempre lo ha sido y siempre lo será. Mientras vivimos nos educamos, y esa permanencia garantiza nuestra dignidad, nuestras capacidades, nuestros anhelos. La educación permanente forma a cada ser en un sentido único, individual y legítimo, pero también forma a personas que van a convivir, que se integran en un grupo, en una colectividad, en una sociedad siempre necesitada de ciudadanos libres, solidarios, y que puedan recibir y ejercer los derechos y valores que nos hacen más humanos.

Pero no ha sido esto únicamente mi fortuna. Verdaderamente, es un tesoro impagable, el poder haber sido profesora en un centro educativo que lleva el nombre de María Zambrano. Entre todos los nombres posibles, el suyo fue el elegido unánimemente por el claustro de profesores. Entonces yo no sabía cuánto significaría para mí, para mi modo de concebir la palabra poética, el descubrimiento de nuestra filósofa. Y tampoco, creo, ninguno de nosotros sabía cuánto de común iba a haber entre el pensamiento de María Zambrano y los proyectos, acciones, sentimientos, modos y finalidades que este centro ha desarrollado y sigue desarrollando.

Esta reflexión puede resultar sorprendente si tenemos en cuenta que María Zambrano no fue propiamente una maestra. Ella fue una filósofa, es decir, el impulso, el sentido de su viaje permanente, en lo geográfico y en lo vital, se centró en la filosofía. Pensar y meditar sobre el ser, sobre la realidad, la vida y la muerte, la razón que es luz, y la razón poética que es la incursión en la niebla para dignificar lo no sucedido. Y en su razón y en la defensa de los sueños, estuvo el tiempo y el espacio, el vacío y la nada, lo sagrado y lo perecedero. Estuvo un gran silencio, plagado de ecos y susurros; fue el silencio que nos ayuda a buscar y a buscarnos. Mas también mantuvo en su errante vida el equipaje esplendoroso de la palabra, la palabra que da fe y testimonio, expresa nuestras dudas, nuestros temores, nuestros deseos, y el marítimo e inagotable aliento del afecto, las emociones y las pasiones que nos hacen más ser, en lo que está siendo y en lo que nunca

será. En definitiva, todo aquello que hace del ser y de la criatura, algo humano.

Sin embargo, María Zambrano, que fue hija de maestros, durante algunos períodos de su vida impartió clases. Así lo hizo en las Misiones Pedagógicas, fue profesora de Instituto de Segunda Enseñanza, y también ejerció como tal en la Universidad Central de Madrid y en la de Barcelona. También, durante su largo exilio, impartió su enseñanza en las universidades de Morelia, en Méjico, La Habana y Puerto Rico. Son muy significativos e imprescindibles los diversos manuscritos, artículos en gran parte, publicados en diversas revistas, donde la filósofa expresa su pensamiento sobre la educación, sobre el sentido de la acción educativa. Y hasta tal punto, ella nos dice, nos proporciona con toda claridad, que su filosofía no puede separarse de la educación, que no tiene esencia de ser sin el valor y el designio de la tarea educadora.

Y es aquí donde debemos exponer las semejanzas entre el pensamiento de María Zambrano y el proyecto vital, el proceso educativo que contiene la educación permanente. Así, para la filósofa, el hombre, el ser humano nace, pero nace siendo una realidad inacabada que tiene que realizarse y construir su personalidad.

Ella nos dice, que el hombre es el único ser viviente al que la vida se le da como una tarea a realizar y, por ello, el ser humano tiene necesidad de construir su vida. Mas esta tarea no se puede confiar al instinto, a la naturaleza, que es propia de los animales. Porque el ser humano está inmerso en una sobrenaturaleza que es la cultura, y la cultura no nos es dada con la vida, sino que ineludible y necesariamente debemos recibir y recibirla por el aprendizaje. Cuando nacemos y abrimos los ojos a la luz, y hay un llanto en ese inesperado resplandor, estamos dotados de manos y ojos que podrán tocar y mirar, de cerebro que podrá pensar y reconocer y nombrar, de respiración que absorberá y exhalará el aire insustituible que nos mantendrá vivos, de corazón que nos hará sentir, padecer y recobrar lo perdido cada día. Pero en ese lote de dones existenciales y maravillosos no viene la cultura, no está al nacer en la vida misma, puesto que la cultura la aprendemos dentro de la sociedad, dentro del tiempo que nos ha tocado vivir, en el que también es posible rescatar lo no vivido a través de la memoria, y no del olvido.

De modo que el individuo nace inacabado y necesita completarse, ser persona, en la sociedad y con la sociedad. Y es así cómo cobra toda su importancia la educación, que recibimos no de forma innata, sino a través de la enseñanza. La educación es, por lo tanto, un factor social. Educar, para María Zambrano, es conducir, guiar, ayudar al ser que nació incompleto a completarse, a alcanzar su realización, su integridad, y esto no es posible si, además de lo que hereda de la naturaleza, no obtiene aquellas que la cultura le suministra.

Nos dice la filósofa que al nacer, el ser humano es arrojado al mundo, a la desnuda intemperie, y que necesita, frente a esta desnudez, ante este desamparo, guarecerse, arroparse, sentirse abrazado en un humano cobijo. No puede el ser ser persona sin sustentarse en unas estructuras que le den seguridad y confianza, porque de no ser así, sería el ser nacido un viajero sin rumbo ni horizonte, eternamente errante y errado en la digna condición de lo humano. Para guiarse en la tierra de su aterida desnudez, precisa de un mapa, una carta de viaje que le es dada por el educador. Y aquí aparece la noble figura del maestro, del guía, faro en el mar de todo lo desprovisto ante el naufragio. El maestro es un mediador entre la sociedad y el individuo, entre la persona y el tiempo en el que habita. Es la luz entre el saber y la ignorancia. Pero nuestra filósofa nos dice que el que guía debe hacerlo hacia una meta, hacia una meta de plenitud. Se trata de caminar en el más hondo y vivificado sentido de la palabra. Por eso ella afirma que la educación es un viaje, que todo ser emprende y hace a través de un tiempo, un espacio, una realidad y una vida. Porque al principio no hay caminos, y son la educación y el aprendizaje, los que nos proporcionan el camino, que no es ni más ni menos, que el de la realización como personas.

De modo, que el pensamiento de María Zambrano, está cargado de sentido social y ético, y la educación es concebida como un proyecto continuo y permanente, un proyecto humanizador que busca despertar al individuo para mejorar la sociedad. Esto quiere decir que bajo cualquier inclemencia o adversidad, bajo cualquier circunstancia social, política, económica, o sean cuales sean las circunstancias personales o colectivas, siempre el proyecto educativo será el que propicie una educación para la persona, que es ser humanizado, el que procure

una educación para la libertad. Una educación en la que el ser humano se descubra y descubra, en el que pueda desarrollar todas sus capacidades y anhelos. Una labor no entendida por la filósofa como una mera transmisión de conocimientos, sino como una tarea íntima y común, un esfuerzo individual y conjunto, compartido, siempre, entre maestro y alumno, puesto que juntos salen en busca de la verdad. Un proceso, que tal como lo entiende la educación permanente de adultos, ambos se educan, recíprocamente. El maestro que era un educador, un guía, un faro en la luz cegada, a través de la pregunta, andamio del aprendizaje, compartiendo ese camino se convierte en educando. Y es así, porque entre maestro y alumno ha nacido la base esencial de toda acción educativa: el diálogo.

Para María Zambrano, la escuela no es un reducto aislado, un ámbito apartado de la sociedad, por el contrario, es y forma parte de ella, dado que en la escuela, en la familia o en cualquier otro espacio de convivencia, el fin debe ser el mismo. Y esa finalidad es educar para que todo ser sea persona, y que, frente a la realidad, ante ella, en ella, se descubra y cumpla su condición humana y personal.

Nos encontramos con una similitud extraordinaria, generosa, que coincide en su afán y en su concepción, con los fines que pretende y ejerce la educación permanente.

Estamos declamando y aclamando una identidad que María Zambrano confirma y que la educación de adultos ha tomado como base de un presente, de un porvenir, también como una reparación. Desde la década de los ochenta, se han ido acercando a los Centros de Educación Permanente que fueron naciendo y se han extendido por toda la geografía andaluza, multitud de personas, mayoritariamente mujeres, a los que la Guerra Civil y el periodo de posguerra, les arrebató lo más preciado. Saber leer y escribir. Aprender e insertarse en el mundo como personas libres, críticas, que fueron arrojadas al mundo y luego raptadas, secuestradas por la ideología, la desigualdad, la injusticia, y la perentoria necesidad económica. El proceso de alfabetización ha contribuido a cambiar, transformar, mejorar la inserción social y la autoestima de todas estas personas, que han podido mejorar sus vidas y el entorno al que pertenecen.

María Zambrano nos ha dotado con su pensamiento de, no sólo los recursos, sino el alma que da ser y plenitud a todo ser humano. Ella nos ha dicho que la vida humana es un viaje, una incesante navegación hacia la realidad. Y que los seres humanos son las únicas criaturas que están predestinadas a la realidad. No podemos quedarnos fuera de la realidad, aunque la realidad, en muchas ocasiones, nos ofrezca sólo el árido suelo de los márgenes, los desérticos surcos de las lindes, allí donde la educación y la cultura no pueden penetrar.

Educar, por lo tanto, es despertar, es hacer despertar, ayudar al ser que aún no ha despertado y ha sido confinado a la oscuridad, a que despierte, a que despierte a la realidad, porque siendo así educado el ser como persona, la realidad no lo oprimirá, podrá defendérse del muro que se derrumba sobre él y que impide su realización.

Si el ser es persona humanizada puede salvar la realidad cuando ésta es inhumana o se ha deshumanizado. De este modo concibe María Zambrano la insustituible tarea de la educación, la acción educativa que engrandece al ser humano y la sociedad.

Pero para este viaje de la vida a través de la realidad, nuestra filósofa exige una condición moral, ética, que sostenga nuestro ánimo frente a la adversidad, que enderece nuestra voluntad y la dirija hacia el esfuerzo que nos hace más fratnos e iguales, que nos conforta para descubrirnos que no sólo debemos ser portadores de nuestra razón, sino también de nuestro corazón, y que sea ese corazón el que lleve como equipaje el amor y la sensibilidad. El vínculo entre María Zambrano y el poeta Antonio Machado es aquí evidente, en él se reafirma una filosofía existencial: la del camino, a bordo, ligero de equipaje, es un verso que encierra una declaración de vida en plenitud. Razón y pensamiento, amor enamorado de lo real e irreal, si van de la mano, alivian el peso de la existencia; no sólo hay pisadas, también las huellas son y deben ser visibles en el vuelo.

Para la filósofa la educación debe ser un *transcender*, es decir, un atravesar, traspasar obstáculos y fronteras que, sin duda, van a encontrarnos o a ser encontradas. Es por eso que de nuevo la figura del educador adquiere un cometido, necesitado de empeño, de confianza, de osado compromiso. El maestro que, en la acción educativa, también se educa, ha de estar dispuesto, ofrecido

a escuchar, a atender, a facilitar vías para que cada uno siga su propio camino. Guiarlo por el camino en que se encuentre y encuentre, es el encontrarse para vivir una vida más auténtica. Vemos así, que el maestro tiene algo de poeta, es la luciérnaga, el polvo de oro de un diablillo que se esparce en la oscuridad, cuando estamos dormidos y las ventanas permanecen cerradas. Entonces, hay una luz encendida, la del poeta que escribe, la del maestro que prepara las palabras, con las que al día siguiente podamos despertarnos.

Es esencial en la filosofía de María Zambrano y su alianza con la educación permanente, la afirmación que dijo nuestra filósofa. Porque ella creía que hay un trabajo más inexorable e ineludible que el de ganarse el pan, y es el trabajo de ganarse el ser, proyectado, no solamente en lo íntimo, sino en lo común de su Historia y su memoria, que debe redimir lo olvidado, a los olvidados.

La filósofa dice que vivir es como revalidar constantemente unos votos, son los votos del vivir para ser, siendo persona. Se talla una piedra o se moldea un puñado de barro, infinitos actos afianzan el pacto del ser con la autenticidad de la vida, que nos hará personas.

Para María Zambrano, estos votos se renuevan cada día, a cada hora, en cada instante, puesto que ir hacia la muerte, no es morir, sino nacer cada día naciendo.

Y del mismo modo que hay que ganarse el pan que nos alimenta, hay que ganarse lo que nos hace ser humanos, siendo para los otros y para lo que nos ha tocado vivir, sin dejar de ser, lo que a través de la tarea educativa hemos descubierto, se nos ha revelado: ser nosotros mismos con libertad, belleza y justicia equitativa.

Todo esto nos empuja, sin dañarnos, a la imagen más nítida de un espejo. Es en ese espejo donde se refleja con mayor claridad la acción educativa, la labor inacabable de preguntar, dialogar, indagar y mostrarnos como verdaderos seres humanos. Y ese espejo es el aula, palabra incommensurable para el jardín, las nubes y las semillas que deben precederla.

La palabra aula viene del griego y designa un lugar vacío, disponible y dispuesto. Entonces era un hueco, pero no la nada, después una construcción vacía, mas asimismo dispuesta a ser ocupada y vivida. No sabemos con certeza en qué momento, en qué civilización comenzó a haber aulas, es decir, recintos en los que las

personas se reunían para hacer algo. Algo que no podía hacerse dentro del recinto familiar, ni tampoco en los espacios sagrados de los templos, o en medio de una plaza, muchas de ellas sostenidas en el fragor, la sangre derramada, o la espada oculta. Parece que en la antigua Grecia hubo habitaciones adosadas a la casa familiar, y destinadas a un fin educativo.

Los jardines de un tal Academo fueron las aulas de Platón y sus discípulos. Los del Liceo fueron de los aristocráticos y, en ciertos soportales, que protegían del sol abrasador y en donde se ubicaban las tiendas, y que en griego reciben el nombre de stoas, se reunían los estoicos. La leyenda dice que Diógenes, fundador de la escuela Cínica, se refugiaba en un tonel y, desde allí, disertaba y hablaba con el mismísimo Alejandro Magno.

Aun antes de estas aulas filosóficas, Safo, la poetisa, reunía a hermosas muchachas en su casa, para educarlas en la poesía, la piedad y la música. También en España hubo un tipo de aula llamada «La amiga». Así lo manifiesta un romance de Góngora, que dice:

Hermana Marica/ mañana que es fiesta/ no irás tú a la amiga/ ni yo iré a la escuela.

Y hasta no hace muchos años existió esta Institución, en la que una señora viuda o soltera, recibía en su casa a las niñas, que solían ser hijas de familias amigas, parairlas educando. Allí aprendían a coser y a bordar, a decir oraciones o reglas, como saber sentarse o caminar con gracia. Esas niñas eran amigas entre sí y, al mismo tiempo, amigas de la señora; eran aprendices del arte de la amistad sin la cual, según Aristóteles, la vida carece de nobleza. Frente al analfabetismo, la vida de la persona ágrafo y que no lee, se convierte en una narración oral, llena de épica doliente. Cuando en el CEPER María Zambrano acogíamos a una persona no alfabetizada, la pregunta y la respuesta eran casi siempre las mismas. Por qué no fuiste a la escuela, porque desde muy pequeña tuve que ponerme a trabajar, iban mis hermanos, pero las niñas íbamos a la «miga», y al hacer la comunión ya nos quedábamos en casa, para ayudar a nuestra madre en las tareas domésticas, o a cuidar de los más pequeños. Otras iban a trabajar al campo o a las ciudades para el servicio doméstico. Con siete u ocho años, subidas en banquitos de madera, lavaban y fregaban. Era una infancia donde la estatura tuvo que alargarse injustamente, tensarse cruelmente

por la pobreza y la desigualdad. Y es curioso que en ese horizonte vertical, que muchas no quieren recordar, brille el recuerdo de «la migra», que, sin duda, es una derivación de «la amiga».

Volviendo al significado que tiene el aula para María Zambrano, la filósofa la concibe como un espacio puro, con vida propia, lugar en el que las palabras y las voces no se pronuncian ni claman si no es en virtud de esa finalidad educativa, la de hacernos ser, persona. El aula es el espejo donde dejamos nuestra huella, nuestro paso, nuestra indeleble aspiración en el espacio común de la convivencia, de la tarea compartida.

En el aula encontramos un espacio propio, dentro del espacio inmenso de nuestro mundo. Encontramos un tiempo propio, un tiempo para la realización del ser, mas es un tiempo que se vive con los otros, una otredad simultánea, es el tiempo dedicado al hacerse, no arrollado por la prisa y el vértigo de nuestros días. Es el acogimiento, la habitación de ventanas abiertas, y en donde siempre late un temblor. Es más temblor que estremecimiento, pero su sentir nos estremece. Ese temblor es el de la pregunta que quiere descubrir la respuesta, la que nos da disponibilidad para entender. Es abierta geometría de la mirada, que debe ser limpia, desatada de todo prejuicio; una mirada que nos enseñe a mirar, que nos emocione, por eso estamos estremecidos, y que construya en nosotros criterios y actitudes que transformen y mejoren cualquier inhumana irrealidad.

El CEPER María Zambrano de San Fernando, no sólo tiene como tesoro el nombre que lleva y por el que es reconocido. Tiene además, en su ya larga andadura, una memoria imborrable y, a todas luces, reparadora. Es en esa memoria donde palpita el origen de lo que fuimos. Nacimos y trabajamos para darle el ser a todos los que ignominiosamente fueron expulsados de la educación y la cultura. Se les sesgaron, amputaron, robaron, los dones máspreciados de toda persona: la educación y la cultura.

Y de este modo, el pensamiento de María Zambrano impregna y palpita en esta indeseada realidad histórica, porque ella, y su palabra, claman por lo que les fue arrebatado. Esos valores de dotar de instrumentos, de alentar en posibilidades, de despertar y descubrir para sentirnos seres humanos, seres libres

y críticos que participen en los cambios para lograr una sociedad mejor, prevalecen hoy en este CEPER, abierto en la actualidad a otros y nuevos proyectos educativos, que seguirán creciendo en su ofrenda, en el hilo irrompible de la educación permanente. Aprender, educarnos mientras vivimos, un nacer constante cada día. Porque ya dijo nuestra filósofa que cada ser es una promesa, y la tarea educativa se empeña en esa promesa, no puede eludirla, debe participar en ella de forma irremisible. Es lo más grandioso y lo más esperanzador, se trata de la promesa de la realización del ser, para ser persona.

La memoria del CEPER María Zambrano está habitada por miles de espejos. En ellos se reflejan innumerables siluetas de seres, que recitan la plegaria de la turbiedad inaceptable de un tiempo no muy lejano. María Zambrano vivió ese tiempo, esa fue su patria en el exilio. Su viaje no rompió la promesa, la alianza con la filosofía de una generación que concibió la educación como el poder más pacífico y necesario, que podía transformar España. El pensamiento educativo de esa generación a la que nuestra filósofa pertenece, tiene su más claro exponente en la Institución Libre de Enseñanza, a la que María Zambrano se vinculó, ejerciendo esa filosofía en su colaboración y compromiso con las Misiones Pedagógicas.

Cuando abandonas un aula para siempre, también se inicia un exilio interior. Se siente un vacío, una mudez sonora, un desgarro, que parece incurable. Pero no es así. Los que la hemos habitado llevamos las aulas en nuestros ojos, en nuestra mirada. Oímos las voces, los murmullos y los silencios machadianos de las tardes de lluvia. A veces, las aulas, han sido como bosques que nunca se transitan solos. O se recuerdan igual que mares dormidos que, en cualquier momento, pueden despertar y volver a conducirnos a las islas soñadas o a la serena orilla.

El legado del educador está hecho con la memoria de lo compartido entre compañeros y alumnos. Sabes que las aulas seguirán latiendo, aunque tú ya no estés. Y puedes sentir el mismo sentimiento que te abarca cuando se está a punto de entrar en un aula vacía, o cuando pasamos ante ella y no hay nadie. Notamos algo que en otros espacios no se percibe. Así, el aula vacía, que no vaciada, igual que se hunden las tierras en los

pantanos inevitables, se asemeja a un barco varado, a punto de soltar amarras para iniciar su viaje.

Aun estando el aula vacía, ella nos proyecta un espejo profundamente luminoso, a la espera de que se produzca un temblor.

El aula, un lugar para la esperanza, en el que se obrarán la verdad y el milagro que brotan de una ansiada y legítima ocupación. Personas, educandos y educadores dispuestos a habitarla, para hacer de la educación lo que escribió María Zambrano. Que la educación es un viaje hacia la vida y por la vida y, que la vida exige un constante despertar, un nacimiento perpetuo. La educación que nos llevará al ser, a ser personas, y siendo personas hacer posible una realidad mejor.

Y en ese camino de la educación permanente no estamos desprotegidos. Nuestro temblor tiene un techo y unas paredes para proyectar lo que somos, lo que fuimos, lo que anhelamos ser. Porque ahí está el aula, el tembloroso espejo deslumbrado por la luz. Siempre

disponible y esperando a esa vida que se renueva, que avala su promesa, que acepta y da la ofrenda en un nacer interminable. Ofrenda generosa, puesto que es para uno mismo y para los otros, en una otredad que ya no será ajena.

Por todo esto trasvasar, vencer cualquier límite para habitar un aula, es siempre, cada día, en cualquier tiempo o espacio, asistir, contemplar un nuevo amanecer.

Estoy segura y confiada en este presente y en el porvenir, porque el aula está abierta a todas horas. Tengo el convencimiento que tanto hoy como en el futuro, se seguirán sembrando nuevos espejos, en donde poder mirar la más noble y digna de las tareas: educar en el ser que se encuentra y encuentra. Educar en la inacabable maravilla de lo humano.

Sí, el aula siempre abierta, y la belleza de vuestra humana condición brillando en la cosecha y en el fruto de su ilimitado horizonte.